

BIBLIOTECA MUNICIPAL
MADRID



PERIODICO DE CAZA Y PESCA,
DE SPORT Y RECREOS CAMPESTRES, DE ACLIMATACION Y CRIA DE ANIMALES DOMÉSTICOS,
AÑO II. Y DE CUANTO TENGA RELACION CON LA AGRICULTURA Y CON LOS DELEITES DE LA VIDA DEL CAMPO. NÚM. 5.

PRECIOS DE SUSCRICION.

| | Mes. | Trimestre. | Semestre. | Año. |
|------------------------|------------|------------|-------------|-------------|
| Madrid y Provincias. | 2 pesetas. | 6 pesetas. | 12 pesetas. | 24 pesetas. |
| Ultramar y Extranjero. | 4 peso. | 14 pesos. | 3 pesos. | 6 pesos. |

SE PUBLICA LOS DIAS 10, 20 Y 30 DE CADA MES.

DIRECTOR PROPIETARIO,

DON JOSÉ GUTIERREZ DE LA VEGA.

Administracion: Calle de Espoz y Mina, núm. 3.

Madrid, 20 de Febrero de 1879.

REBAJA DE PRECIO DE SUSCRICION.

Haciendo directamente el pedido y anticipando 20 pesetas en esta Administracion, en metálico ó por medio de letra de fácil cobro, se obtendrá la suscripcion por un año para la Peninsula, y 25 pesetas si es para Ultramar ó el Extranjero.



EL RODEO.

EL DIA DE FIESTA.

Sin que pase la tarde,
Decir no puedes:
¡Qué día tan hermoso!
Muchos como éste.

—¿Muchacho?
—¡Señor!
—¿Son campanas?
—Sí, señor.
—Temprano la han tomado; ¡si apenas es de día!
—Es verdad; pero como hoy es una fiesta solemne, ya V. ve....

—Y qué, ¿es á fiesta ese tañido?
—Mire V., de todo hay; esas que se sienten á lo lejos son las de San Ginés, donde se celebra el santo del día, y por eso tocan á vuelo, y las de más cerca son las de Santa Cruz, y tocan á muerto, sin duda por aquel drogiero gordo de la calle de Postas, cuyo entierro se verifica hoy.

—Cierra, cierra bien los balcones, que voy á escribir.
—¿A escribir, señor? no verá usted.
—Tanto mejor; con eso no sabré lo que me escribo y entraré en la moda del día.

Ahora, pues, leamos despacio mis notas y escojamos materia conveniente.... pero han llamado. ¿Muchacho?

—¡Señor!
—Mira quien llama.
—Es el vecino de arriba que va á caza y viene por usted.

—¿A cazarme á mí?
—Quiero decir, á que V. le acompañe.
—¡Buenos días, señor Postas!
—¡Buenos días, vecino! ¿Qué tal? ¿he cumplido la palabra?

—Sí; pero hombre, salir así, tan de mañana....
—Pues mire V., por mucha prisa que nos demos, ya llevaremos por delante cien escopetas que habrán estado esperando á que abrieran las puertas.

—¿Conque es decir que habré de vestirme?
—De cualquier modo; míreme V. á mí; ¡qué sencillo! zapato blanco, botines de estezado, pantalón gris, chaqueta corta, sombrero de calaña, mi morral, mi frasco, y.... y nada más; lo que importa es ir ligero para poder andar mucho.

—¡Ah! ¿con que en eso consiste la diversion? Pero.... ¡calle! ¿otro convidado más?

—No, señor; es el vecino de la tienda, el señor Liga, que viene armado con su caña y demas arreos de pesca para ver si me cogia la delantera en llevarse á V.; pero amigo, por esta vez chasco se lleva.

—Ya escucha V., señor Liga, mi compromiso; el señor Postas es más madrugador que usted.

—No consiste en eso, señor vecino, sino en mi maldita caña, que he tenido que prepararla con todo cuidado por si acaso pica alguna pieza grande.

—Una ballena tal vez, ¿no es verdad, señor Liga?
—Vaya, señor vecino, no hay que venirse con pullas, que á las veces donde menos se piensa salta la liebre.

—Eso de liebre (replicó vivamente el Sr. de Postas) me toca á mí, y salte ella una vez, que así se me escape á mí como por los cerros de Ubeda.

—Pues, señores, ya estoy vestido y á la orden de ustedes.

—Ahora falta que escoja entre los dos elementos.

—El caso es que yo creo que los cuatro son á cual mejor, y si pudieran reunirse, no encuentro motivo para separarlos.

—Dice muy bien el vecino; ¿hay más que marchar juntos, y allí donde atravesáre el aire algún bulto, lucir ustedes su habilidad, señor Postas, y donde topáremos agua sacar yo partido de la mía?

—Vamos, señores, vamos, pues, á nuestra anfibia expedición.

Esto diciendo nos dimos á luz por las pacíficas calles, donde sólo encontrábamos á tales horas tal ó cual lechero ó buñolera, que preparaban con sus expeditos manjares el camino de la tienda de la esquina, que acababa de abrirse, y cuyo amo enjuagaba ya las copas del aguardiente.

La campana de una iglesia inmediata nos recordó que la primera obligacion era la de oír misa; entramos en el templo; su inmensidad y silencio inspiraban recogimiento y devoción; el sonido de la campanilla; los trémulos pasos de algun anciano; la tos de algun otro escondido en las capillas; los fuertes golpes de pecho de un mozo, ó el silbado rezo de una anciana sentada en el suelo, eran los únicos objetos que alteraban tal vez aquella sublime tranquilidad; y penetrado por ella no pude menos de comparar tal espectáculo con el que algunas horas despues ofrecería el mismo templo, henchido de gentes de todos sexos y condiciones, mezclados sin distincion y más ocupados en ostentar sus gracias y sus adornos que en la contemplacion del acto religioso.

Cuando salimos de la iglesia ya las plazuelas iban llenándose de géneros y de compradores, siendo los encargados de las fondas los primeros que acudieron á hacer enormes provisiones, prueba no pequeña de la solemnidad del día; y en tanto que mis acompañantes empleaban algunos maravedises en pan y en frutas, compré yo disimuladamente unas perdices y unos peces, dando encargo á un mozo que nos siguiera con ellos á lo lejos.

Saliendo despues por la puerta de Toledo, nos dirigimos al Canal, con el objeto de realizar nuestra alternativa diversion; el señor Liga, en cuanto vió el agua, tomó su posicion académica, enarbolando su caña, y el señor Postas echó á correr por los vericuetos con la escopeta al hombro; yo tomé asiento al lado del primero, con el objeto de ser testigo de sus triunfos; pero en los tres cuartos de hora que permanecí con él, sólo obtuvo por resultado una rana, un zapato y un pez, que me produjeron tres movimientos convulsivos de risa. Queriendo disimularla en lo posible, me alejé del vecino, fui á encontrar al lejano mozo, y lo envié cerca del pescador con encargo de pregonar sus peces, entretanto que me dirigia á buscar á Postas, cuyos repetidos tiros me daban la esperanza de una abundante caza.

La victoria, sin embargo, no correspondia á aquella salva, pues todo se redujo á un gorrión, que tasado por perito, podría valer hasta ocho maravedises, á trueque de cinco reales muy cumplidos de municiones que iban ya consumidos. El héroe, sin embargo, no se desanimó, y viéndome venir redobló sus esfuerzos, sosteniendo con guardas y pastores tantas disputas como descargas hacía; pero observando yo lo inútil de su eficacia, resolví acudir al consabido expediente de llamar al de las perdices para que diese una vuelta alrededor del cazador.

Situéme despues en un puesto distante, y segun la señal convenida, llamé con la bocina á mis dos corsarios; no tardaron en llegar cantando victoria, ostentando con aire triunfal sus presas, y contándome el pormenor de su captura; yo les felicité como debía; pero al preparar el almuerzo con ellas no pude resistir á la tentacion cruel de hacer presente al señor Postas que aquellas perdices habian sido cogidas con lazo, y aquellos peces eran de otra clase que los que se dan en el Canal; replicaronme fuertemente; aparenté convencerme; mas volviendo á sonar el cuerno, se presentó mi montero mayor con el festo de las provisiones. Dejo pensar el efecto grotesco que produciría su vista en ambos adalides, y sólo diré que, deseosos de recobrar su honor en el segundo ojeo, corrieron de nuevo á las armas y me dejaron en disposicion de volverme pacíficamente á Madrid.

RAMON DE MESONERO ROMANOS.

EL RODEO.

(Véase la lámina de la página 33.)

El pintoresco pueblo de Hermosillo, situado á poca distancia de la populosa ciudad de San Francisco de California, ha sido, hasta hace tiempo, no lejano todavía, un verdadero paraíso terrenal para los aficionados á deportes venatorios.

Las piezas de caza mayor crecian y se multiplicaban con ese desarrollo, con esa superabundancia de vida que es el sello característico de cuanto concierne al Nuevo Mundo; aves de todo género poblaban el espacio de aquellos inmensos bosques, ó cruzaban las aguas de los

rios más colosales que se conocen en el universo; pero por una parte la persecucion sin tregua de los indígenas, provistos ya de las terribles armas modernas, y por otra la invasion que han hecho allí las corrientes civilizadoras de la época, atropellándose los hombres en continuas oleadas para procurarse con el oro la palanca más poderosa del siglo, todo ello ha ido ahuyentando la caza paulatinamente, espantada ésta al ver interrumpido el augusto silencio de las selvas por el silbido de las máquinas, y manchada la diafanidad de aquel aire tan puro por los negros penachos del humo de las chimeneas.

Hermosillo no es más que un recuerdo glorioso de lo que fué. Le quedan sus montañas, pero perforadas por los barrenos; le quedan sus montes, aunque mutilados por el hacha de los industriales; le quedan sus valles, pero llenos de haciendas y de caminos; le quedan aún sus *ranchos*, pero casi abandonados y desiertos: ni un búfalo á quien detener de un balazo en su tumultuosa marcha, ni un pájaro á quien cortar con el plomo los alardes de su vuelo. En aquellas campiñas no hay, como hemos dicho, más que una sombra fugitiva de lo pasado.

Los hijos del país, sin embargo, no se conforman con la inaccion, y tan hábiles jinetes como ardientes é impetuosos en sus aficiones, á falta de los placeres de la caza, se consagran á los no menos enérgicos y varoniles del *rodeo*.

Describamos ahora una de esas expediciones, implantadas allá por los españoles, cuando no se ponía nunca el sol en nuestros dominios, cuando éramos dueños y señores de la mayor parte de los continentes americanos.

El *rodeo*, en la region mejicana, es un acontecimiento de verdadera importancia, que se celebra en medio de los mayores trasportes de alegría. Casi todos los hombres hábiles del pueblo, en cuyas inmediaciones se verifica, montan á caballo á las tres de la mañana, y á las cuatro ó las cinco, lo más tarde, han llegado al *ranchito* que va á ser teatro del suceso.

Los vaqueros, acampados desde la víspera en diversos sitios, á algunas leguas á la redonda, comienzan desde la media noche á estrechar el círculo que forman, haciendo marchar delante de ellos á cuantos animales encuentran al paso. Inmenso y magnífico ojeo de que no se puede concebir una idea exacta, mientras no se presencie en los campos de San Francisco.

Al apuntar el día, grandes nubes de polvo se dibujan de improviso en diversos puntos del horizonte. Aquellos torbellinos van acercándose y agrandándose cada vez más, hasta que á la salida del sol se distinguen quinientas ó seiscientas cabezas de ganado, que van entrando poco á poco en un vasto recinto, limitado por empalizadas de estacas y de hierbas secas, que resisten como murallas las sacudidas de las reses. Los animales penetran como una avalancha en este gran corral, flanqueados y seguidos muy de cerca por los conductores.

Al llegar á las puertas rústicas del corral, algunos toros se detienen indecisos, pero en seguida crujen á derecha á izquierda las cuerdas de los lazos, gritan los jinetes que van detras, produciendo con sus voces un espantoso ruido, hasta que los toros espantados se deciden y entran en el recinto escoltados por las lucidas cabalgatas. Al propio tiempo entran otras manadas ó piaras por diversos portillos abiertos de antemano, hasta que las puertecillas se cierran, colocándose delante de ellas una triple hilera de jinetes que lucen el pintoresco traje mejicano.

Un sol espléndido ilumina por lo comun aquella grandiosa escena. Pintar la habilidad y el arrojo de los actores en ella; describir aquella confusion de cabezas de ganados y de caballos, revueltos con el sombrero de fieltro blanco y lazos de oro que cubre la tez bronceada de los hijos del país, animados con el ardor de la carrera, es tarea punto menos que imposible.

El lector puede cargar su paleta como quiera, sin temor de exagerar los brillantes colores del cuadro que representa nuestro grabado.

Una vez metido el ganado en el recinto, principia la operacion de herrarlo. A este efecto los vaqueros pugnan por penetrar con sus caballos en aquellas apretadas masas de animales, que luchan á su vez para no separarse, y cogen con el lazo á los terneros del año que aún van con sus madres, aplicándoles la misma marca que tienen las vacas.

Si trabajo ha costado el que las reses entren en el corral, más impropio es todavía el de sacar á los becerros fuera de la empalizada, á fin de aplicarles el hierro candente. Saltan y brincan de tal modo á la extremidad del lazo que los aprisiona, que á veces es preciso echar mano de las picas para reducirlos á la obediencia. El vaquero que suelta la *reata*, como ellos dicen, ó sea el extremo del lazo, y tiene la desgracia de que se le escape un becerro, queda desacreditado para siempre.

Después de herrar á los animales, faena que siempre concluye á la caída de la tarde, se abren las puertas de las cercas y empieza un desfile general acompañado de las voces desaforadas de los jinetes y de los silbidos y pedradas de los vaqueros. Toros, vacas y becerros no necesitan, á la verdad, que nadie los estimule, y unos por los portillos y otros saltando impetuosamente la valla, se dirigen bramando de alegría á las dehesas en que viven y de donde ántes los sacaron contra su voluntad.

Pero el silencio no se restablece por eso, porque la fiesta no concluye con la huida de las reses.

Las hermosas mejicanas esperan su turno, y el baile comienza bajo un sotechado ó cobertizo inmediato á las casas del rancho.

Al rededor de dicho cobertizo están las mesas llenas de bebidas y de exquisitas viandas, que á la verdad no se desperdician, y se baila hasta el amanecer, hora en que la cabalgata se pone en marcha para el pueblo, sirviendo de escolta á las encantadoras jóvenes que han dado con su presencia digno remate al herradero, ó al rodeo, como dicen en el país, y nosotros hemos continuado llamándole en esta brevísima reseña.

F. C.

UNA CARAMBOLA.

(Véase la lámina de la pág. 37.)

¡La primera liebre! La primera liebre es uno de los mayores éxitos que pueden acontecer en una familia de cazadores; todos toman parte en él, como señal del triunfo conseguido por el novel cazador.

La primera liebre deja siempre un recuerdo encantador; los menores detalles de este glorioso lance venatorio quedan grabados en la memoria, como la alegría y el perfume de los hermosos días de la juventud, que pasaron ¡ay! para nunca más volver.

¿Quién no recuerda con el cariño más vivo la escopeta con que mató su primera pieza? Esta escopeta me la había regalado mi buena madre el día de mi cumpleaños.

Ahora bien, no había cazado nunca con perro; únicamente poseía cierta tinta de literatura cinegética, y había llegado el momento de aplicar la teoría.

Una vez en el campo, pregunté á un compañero cazador, de una docena de años más que yo, y con el que hice mis primeras armas, dónde me colocaba.

—No te muevas de ahí, me contestó, pues estás bien.

En aquel momento supremo se me vinieron á la memoria todas las historias y libros de caza que había leído, y viendo que mi amigo se colocaba en un sendero, cosa conforme con las lecturas que había hecho, pensando con razón que se burlaba de mí, y que su experiencia le indicaba un puesto mejor, me deslicé sin hacer el menor ruido por entre los árboles, y me coloqué á cien metros delante de él. Pero en honor de la verdad debo confesar que fui en aquella jornada muy desgraciado.

En vano varié de sitio, haciendo á los habitantes de los campos una guerra más estrepitosa que mortífera, pues á pesar de la pólvora quemada, necesitaba tirar muchos tiros para matar una pieza, y mi morral no contenía un mísero conejo, mientras mi compañero había matado unos cuantos.

Juzguen los lectores el humor que tendria, cuando regresaba de nuestra expedición. Y esto con un hermoso perro perdiguero, del que mi padre contaba maravillas.

Pero toda medalla tiene su reverso, y pronto tomé la revancha, en mi segunda expedición.

Si la memoria no me es infiel, era una mañana de primavera. El paisaje, como puede verse en nuestra lámina, ofrecía un golpe de vista de lo más pintoresco que puede imaginarse. Los árboles balanceaban al viento sus flotan-

tes plumeros de verdura; el suelo, esmaltado de florecillas de brillantes colores, parecía una mullida alfombra de incomparable belleza; el césped estaba cubierto con el rocío de la mañana, como con un velo de encaje bordado en perlas. Allí en lontananza dibujaban sus perfiles las azuladas colinas que baña el Segura, y que á los primeros rayos del sol parecían inmensos ópalos engastados en la corriente del río. Todo en derredor nuestro aparecía más bello y encantador, y hasta el aire más tibio y perfumado.

Nuestro perro, aquel perdiguero tan venerado por nuestro padre, quizás avergonzado de la torpeza demostrada por su nuevo amo, se pára de muestra, y precipitándose de pronto, hace salir de unos chaparros á una fugitiva liebre, y poniendo en práctica el axioma tan conocido por los cazadores «de tirar bajo á lo que viene y alto á lo que huye», apunto y la liebre rueda por el suelo; pero en aquel mismo instante arranca una perdiz de entre unos zarzales, y levantando un poco la escopeta, hago fuego de nuevo, y el éxito más feliz corona mi esfuerzo.

El cazador que haya muerto dos piezas sin cambiar de posición es el único que podrá juzgar lo que pasaría por mí en aquel momento.

La revancha no podía ser más brillante, y si mi bautismo había sido desgraciado, en cambio en mi segunda expedición me colocaba de un golpe en el pináculo en que moran los adeptos más afortunados de San Eustaquio!

¿Quién nos vendrá á decir ahora, murmurábamos al volver triunfantes de nuestro campo de gloria, que no somos un cazador consumado?

Antes de concluir, quiero decir dos palabras sobre las que hemos dado por título á estos renglones. Los españoles llaman una carambola á las dos piezas que matan de dos tiros seguidos. Los franceses le llaman un tiro doble, y tienen razón. La carambola, en buen castellano, es tocar con una bola á las otras dos. Por eso la verdadera carambola se hace cuando se matan dos piezas de un tiro.

C. V.

MOLUSCOS COMESTIBLES.

(Véase la lámina de la página 40.)

Linneo había confundido, bajo el nombre de *ostrea*, muchos géneros que ha sido preciso aislar después. Sus sucesores parece han caído en el exceso contrario, descomponiendo el género *ostrea* en muchos géneros distintos, de los que, á lo menos dos, forman un grupo natural para tratar de separarlos. Así es que apartando del género *ostrea* los plicatulos, los avículos, los martillos, las limas, los podopsidos y las meleagrinas que Linneo había unido, y añadiéndole en contraposición los grifeos y los exogiros, que algunos naturalistas han separado, tendremos completo su número, como puede ver el curioso lector en nuestro grabado.

Limitado de este modo el género de que nos vamos á ocupar en este artículo, comprende los moluscos bivalvos, de valvas desiguales, de forma irregular, que se fijan en los cuerpos submarinos. Las valvas, unidas por una charnela, están sujetas por un fuerte ligamento elástico, cuya función única es la de separar las valvas, que un músculo particular reúne después al contacto de otro cuerpo. La irregularidad de la concha es un signo característico constante, pero muy variable en sus diversos grados. Ciertas especies se aproximan mucho á los géneros vecinos á conchas regulares, por las estrías muy pronunciadas que presentan las dos valvas. Sin embargo, la irregularidad de la concha es siempre suficiente para poder distinguir á primera vista este género de los que Linneo había confundido con él.

Las ostras se encuentran en casi todos los mares; pero los bancos más célebres son los de la costa occidental de Francia, y en particular los de Rocher de Cancale, cerca de Saint Malo; el de la bahía de Arcachon, banco de la Ilillon, y otros varios de menor importancia. Holanda posee vastísimos bancos de estos moluscos en el Zuyderzee, en Texel, Zierikzee, Wadden, Dollack, Vieringen, Lannerzee; Bélgica tiene sus mejores bancos en Nieuwport, y en Ostende, su criadero más célebre, aunque sólo

para las ostras inglesas. Las más pequeñas que se encuentran en la costa del Sud y Sudoeste, se conocen en el comercio con el nombre de nativas.

En Inglaterra las ostras más estimadas son las *emsworth-natives* de la isla de Hayling, en la bahía de Portsmouth, que se encuentra ya mencionada en el antiguo y célebre *Doomsday-book*. Después vienen, por orden de su mérito, las de Milton, en el condado de Kent; las de Langston-Harbour; las de Newtown, en la isla de Wight; las ostras verdes de Falmouth, y las ostras rocallosas de Harwich; las de las costas de Hampshire, del país de Gales, de los condados de Essex y de Cornouailles, bahía de Caernarvon. Igualmente son muy alabadas las que se obtienen en los criaderos de Colchester, en Langston, en Chichester y en Faversham.

Escocia é Irlanda poseen también muchos bancos, y este último país tiene sus *carlingfords* como las mejores ostras que hay en el mundo.

Las islas de Jersey y Guernessey producen muchas. Por último, existen en medio del Canal de la Mancha ricos bancos que están colocados fuera de toda jurisdicción, pero que, según un tratado entre Inglaterra y Francia, son explotados en común por los pescadores de ambos países.

Las ostras más estimadas en Alemania son las del Holdstein y del Slesvig, especialmente las de las costas occidentales, cerca de Husum, de las islas de Sylt y de Joehr. También se encuentran, junto á ciertas islas del mar del Norte, bancos frecuentados por lo regular por los pescadores holandeses, que cada año traen ostras recogidas en el Doggerbank, y que vuelven á pescar el año siguiente.

Las costas de España y Portugal están igualmente pobladas en muchos sitios. Se conocen las ostras vascas, las de Almada, en la embocadura del Tajo, y las de las Baleares, en particular las de Ibiza.

Italia posee, desde la más remota antigüedad, célebres bancos de ostras, tales como las del golfo de Nápoles, bahía de Cumas y lago Fusaro. En el Adriático hay los bancos de Muggia, enfrente de Duino, cuyas ostras son tan raras como buscadas, y por consecuencia muy caras; las ostras verdes de Murano, las de Sistiana, de Capo d'Istria, Porto-Calieri, y sobre todas las de Carin, cerca de Novigradi, distrito de Zara, son las más grandes y más delicadas de todas.

Los mares que bañan la Grecia y Turquía, principalmente el Bósforo, encierran muchos bancos de ostras; pero no se encuentran en el mar Negro, á causa sin duda de la cantidad de sal que contienen sus aguas.

En Asia, y sobre todo en las costas de las Indias orientales y de la China, se encuentran con abundancia estos moluscos. Y en África, en el Senegal, en Gambia y en la bahía de Mossel, colonia del Cabo; pero son de una cualidad inferior á las de Europa. También abundan en las aguas de la Polinesia; sin embargo, en ninguna parte se encuentran con tanta profusión como en América, en donde por el inmenso desarrollo de sus costas, parece ser, más que en otra parte alguna del mundo, las más á propósito para la multiplicación y producción de estos moluscos, que sin una abundante pesca continua concluirían, en ciertos mares, por crear escollos, modificar las corrientes, obstruir los pasos y paralizar, en una palabra, la navegación.

Los moluscos han sido uno de los principales alimentos del hombre. Los más antiguos naturalistas han tratado de establecer que estos habitantes del mar, con los frutos de la tierra, habían constituido su manutención primitiva. Mucho ántes que Darwin y Vogel, se han basado en la analogía entre el mono y el hombre, por la razón de que aquél se alimenta con la carne de las ostras que recoge en la playa del mar; pero aún existe una prueba mucho más convincente é infalible á nuestro parecer; la prueba se encuentra en esos restos fósiles, de una época de la que no se puede hoy calcular su alejamiento, y que la ciencia ha reconocido remontan á una fecha anterior al período de las construcciones lacustres.

Ya en esta época los hombres sabían reducir á la servidumbre á diversos animales; llevaban á pastar sus ganados en las orillas del mar y vivían del producto de sus rebaños, así como de ostras y almejas, cuyas conchas les

servian, con los huesos y los cuernos, para fabricar utensilios de todas clases, que se encuentran á cada paso en la Scandinavia, y que nos indican los sitios en que vivieron y murieron los primeros seres de la humanidad.

Entre los antiguos hebreos, las ostras eran un manjar impuro, porque la ley no reconoce como puros sino á los animales del mar que tenian al mismo tiempo aletas y escamas.

Los griegos, al contrario, hacian un gran consumo; se conoce su ostracismo, sentencia de destierro dada contra un ciudadano á consecuencia de una votacion pública, en la que los sufragios se inscribian en las conchas de las ostras.

Entre los gastrónomos romanos, las ostras, desde muy temprano, estuvieron en grande estima. El procónsul Sergio Orata fué el primero que, desde el tiempo del orador Craso, poco ántes de la guerra contra los marsos, trató de engordar las ostras en estanques establecidos al efecto en las costas de Bahía. Esta innovacion fué por sí misma un gran recurso de riqueza. Las ostras del lago Lucrino eran las que tenian mayor reputacion en esta época; más tarde lo fueron las de Brindis y Tarento. El lago de Fusaro, el Aqueronte de los antiguos, que sirve aún en nuestros días para criadero, era ya empleado para engordar ostras por los antiguos romanos. Horacio habla de estos moluscos en dos de sus *Sátiras*; pero da la preferencia á las de la bahía de Cumas (I, II, *Sát.* IV):

*Ostrea circetis, Miseno oriuntur echini,
Pectinibus patulis jactat se molle Tarentum.*

Plinio, que coloca en primer lugar las ostras de Cyzique, trató por sí mismo de engordarlas en el lago Lucrino, y Licinio Murena hizo lo mismo, no sólo con las ostras, sino con los pescados de mar, como refieren Columela y Varron. Apicio, grande apreciador de los recreos de la buena mesa, conocia un procedimiento para conservar las ostras mucho tiempo en su frescura primitiva, pues durante la guerra con los partos, las envió de Roma á Trajano, entonces en Persia, llegando á su destino tan frescas como si se hubieran sacado en aquel mismo momento del seno del mar. Cuando se piensa en las dificultades de los medios de comunicacion y de trasporte en aquella época, es preciso reconocer que el procedimiento de Apicio se ha perdido.

En tiempo del Imperio estuvieron en boga las ostras de la Gran Bretaña y de la Galia. Ausonio celebró las de la costa Sudoeste de Francia, que se miran aún como unas de las mejores.

Más tarde, Pedro Gelio, hablando de los habitantes del Bósforo, cuenta que sabian sembrar ostras como se siembran cereales, hecho que se ha mirado como una fábula, hasta que se ha sabido de nuevo recoger ostras jóvenes para formar bancos.

¿Comian los romanos las ostras crudas sin preparacion alguna, ó recurrían á algun condimento? Lo ignoramos. Algunos especialistas pretenden, sin embargo, que hasta una época muy moderna no se ha tenido la costumbre de comerlas crudas ó vivas, añadiéndoles el zumo del limon y las especias, y bebiendo vino blanco sobre ellas.

Las ostras tienen propiedades nutritivas que no pueden ponerse en duda, pues contienen albúmina, grasa, filamentos musculares, materia gelatinosa y creatina. Los experimentos de Payen han demostrado que seis docenas de estos moluscos encierran 312 gramos de proteína, cantidad suficiente para el alimento cotidiano de un hombre adulto.

En cuanto se abre la ostra, sus músculos contractores no pierden su vigor; con frecuencia, muy al contrario, se contraen más, y las conchas, lejos de abrirse, permanecen más cerradas que nunca, de modo que ningún signo exterior manifiesta la descomposicion que se efectúa en el interior. Esta llega rápidamente. Entonces se forma hidrógeno fosforado, amoníaco é hidrógeno sulfurado, y las ostras en este caso serian perjudiciales para la salud, si se comieran á pesar de su apariencia y olor repugnante. A esto sin duda alguna se debe la preocupacion, aún muy esparcida, de que las ostras son un alimento muy indigesto. En los países en que el uso de las ostras es corriente, se las tiene como un alimento muy saludable para los convalecientes y personas débiles; mu-

chas veces hasta se ha hecho de ellas asunto de verdaderos remedios. Boerhaave pretende haberlas empleado con éxito contra la tisis; Baster afirma que alimentan admirablemente, aseguran el reposo, y que se duerme mejor despues de haber comido ostras. Si las personas que tienen el estómago débil y sobrecargado de mucosidades, comen en ayunas, una hora ántes del almuerzo, ocho á doce ostras, con una tostada de pan frita, experimentarán un bienestar admirable.

Lo que prueba principalmente que la ostra es de una digestion fácil, son las cantidades fabulosas que los gastrónomos han podido comer sin peligro. El famoso Brillat-Savarin dice haber conocido muchas personas que se administraban, como avanzada de su comida, una gruesa ó doce docenas de ostras. El mariscal Junot tenía la costumbre de consumir cada mañana trescientas ostras ántes de su almuerzo, y esto mientras duraba la estacion. El emperador romano Vitelio comia hasta mil doscientas.

De modo, que queda probado que cuando se censura á la ostra de ser de difícil digestion, se hace uno culpable de una indigna calumnia.

V. C.

CAZA DE FOCAS.

Hemos atravesado el istmo de Panamá y estamos en las comarcas vecinas al desierto de Atacama, en donde la vegetacion ha desaparecido casi por completo para dejar plaza á la industria minera; estamos en las inmediaciones del puerto de Coquimbo, en el país donde se baila la *zamacueca* y se refresca con aguardiente; es decir, en la república sub-americana de Chile, no lejos de Santiago y de Valparaíso.

Los chilenos de aquella region son los hombres que más se divierten en el mundo. Uno de sus mayores placeres consiste en pasear por el mar visitando los buques extranjeros surtos en el puerto, y su diversion favorita el ir á caza de focas, buscándolas en los pintorescos peñascos que festonean lo largo de la costa.

Las focas, que se encuentran formando legiones numerosísimas en los mares del polo, donde viven acurrucadas contra los témpanos de hielo, azotadas por las horribles tempestades de aquellas latitudes, no aparecen en las playas de Chile ni en las demas zonas templadas más que por pequeños grupos ó por familias aisladas, siendo este un acontecimiento que los cazadores americanos celebran con indecible júbilo.

Dentro del líquido elemento vive la foca, ancha y cómodamente, alimentándose con la multitud de pescadillos que nadan en las cercanías de toda costa. En medio del picado uniforme que producen en la superficie del agua las falanges de un banco de sardinas, se nota de vez en cuando cierto movimiento acentuado en diversos puntos, viéndose luego una infinidad de cuerpos que relucen al sol como las hojas de acerados cuchillos. Son las sardinas, que huyen despavoridas ante la embestida de las focas. Por desgracia para ellas, tienen que habérselas con un animal nadador excelente, y tan astuto en sus ataques, que á veces no tienen otro recurso que el de salir al aire para caer infaliblemente en las fauces de la foca, que espera á las víctimas como un sepulcro abierto justo en el sitio donde se verifica la caída. Estos hábiles pescadores no se contentan generalmente con sardinas para el regalo de sus festines. Las aves marítimas, y sobre todo la gaviota, que se mece en el mar balanceada dulcemente por las olas, es presa de la foca cuando la pesca no ha sido abundante para el voraz anfibio.

Cuando éste se halla en tierra no tiene ligereza ni gallardía, ni gracia ninguna en sus pesados movimientos. Los piés, cortos y guarnecidos de membranas interdigitales, no le sirven más que para arrastrarse por el suelo, quizás muy dolorosamente como suponen varios naturalistas. Así debe ser sin duda, porque cuando va á los peñascos, bien á pasar la noche, ó ya para calentarse al sol, tiene siempre cuidado de situarse en una pendiente rápida á poca distancia del agua, rodando fácilmente hasta el mar en caso de una repentina sorpresa.

Gracias á su piel, que es muy dura y está cubierta de un pelo corto y espeso, este animal, como todos los anfi-

bios, es muy difícil de matar á tiros, y aún hallándose herido de muerte no se deja coger sin mucho trabajo.

La aventura siguiente dará á nuestros lectores idea de lo que es una partida de caza de focas.

Un día salieron del puerto de Coquimbo cinco ó seis lanchas tripuladas por cazadores y pescadores dispuestos á divertirse en toda regla. Llevaban escopetas de todos los sistemas, redes de todas condiciones y tamaños, aguardiente en abundancia, cerveza inglesa para las horas de calor, y provisiones de boca capaces de resistir un sitio como el de Troya.

Cerca de la bahía tuvo una de las barcas la buena suerte de tropezar con una familia de focas, compuesta del padre, de la madre y de cinco pequeñuelos, cuyo tamaño era el de perros de caza de seis á ocho meses. Los expedicionarios que iban en el barco no llevaban balas consigo; así es que las focas les hicieron ir muy lejos á lo largo de la ribera. Pero como estos animales cuando son de poca edad necesitan aspirar con frecuencia el aire atmosférico, pudieron los cazadores seguirles la pista, enviándoles de vez en cuando granizadas de plomo grueso que no tardaron en aminorar su marcha, obligándoles al fin á buscar un refugio en los acantilados de la orilla.

Una caverna, cuya boca se elevaba muy poco sobre el nivel de las aguas, les pareció sin duda asilo cómodo y conveniente, porque con la mayor resolucion penetraron en aquel túnel, donde reinaba una oscuridad poco hospitalaria.

Iba la lancha tripulada por el capitán y el alférez de una fragata española y por dos marineros del país que se tenían al remo.

El capitán, intrépido marino y cazador consumado, no era hombre capaz de retroceder tratándose de perseguir una pieza, y ántes de que el alférez concluyese de sondear el agua con un bichero que allí habia, dió orden de entrar por el estrechísimo canal que se proyectaba entre los peñascos. La profundidad en el interior era poca, de dos á tres metros solamente, é iba disminuyendo á medida que avanzaba la embarcacion, al paso que la bóveda de la caverna se elevaba hácia adentro, dando á los cazadores completa libertad en sus maniobras y movimientos.

En lo alto de aquella techumbre natural, y á veinte metros de la entrada, una hendidura bastante ancha dejaba penetrar los rayos del sol, iluminando los accidentes de la gruta formada de rocas graníticas, cubiertas de una espesa capa de salitre: en el fondo, á treinta metros de la barca, se dibujaban unas masas negras que eran las focas chicas, muy agitadas por cierto, y quizás reconociendo, aunque tarde, el peligro que les amenazaba en un callejón sin salida, donde sus padres, más previsores, se habian guardado muy bien de internarse.

El plan de batalla se hizo bien pronto. Mientras que los marineros atravesaron la lancha y se disponían con el remo en la mano á impedir que las focas se pudieran escapar, los cazadores desembarcaron en las estrechas orillas del mar de la caverna, yendo con las escopetas preparadas en busca de las focas.

Es imposible describir el efecto que produjo la primera detonacion en los ámbitos de aquel espacio cerrado. La conmocion del estampido hizo que se desprendiese tal cantidad de piedrecillas y de arena, que parecia inminente el hundimiento de la bóveda. Sin embargo, pasó la nube, y continuaron los disparos, sin que las focas, entrando y saliendo del agua, dieran señales de estar heridas siquiera.

Al fin, al cabo de media hora una de ellas quedó sobrenadando con el cráneo destrozado, y otra espiró despues. En cuanto á las demas, se escurrieron como anguillas por debajo de la quilla de la barca y salieron á la mar libre.

Fatigados los cazadores, pensaron en restaurar sus fuerzas allí mismo, asaltando las provisiones que tenían en la barca, adonde trasladaron despues las dos focas muertas, que eran el trofeo de su afán y sus penalidades.

Bastante tiempo debió trascurrir en la broma y en las libaciones de ordenanza, porque la luz habia disminuido notablemente, y al emprender la marcha tropezaron con un inconveniente tan desagradable como inesperado.

La entrada de la caverna, que al llegar presentaba la forma de una media luna, apenas si dejaba espacio para que un hombre pudiera pasar por ella. La marea habia



UNA CARAMBOLA.

Ayuntamiento de Madrid

ido subiendo insensiblemente, cerrando la puerta á los cazadores, á quienes dejó mudos la sorpresa en el primer momento; pero el capitán, en calidad de jefe de la expedición, mandó en el acto cargar la lancha con algunos fragmentos de rocas de que estaba llena la gruta, procedentes sin duda de las convulsiones subterráneas tan frecuentes en aquellos parajes cercanos á las Cordilleras. Las bordas bajaron entónces casi á la rasante del agua con el peso de lastre tan formidable, pusieron los hombres boca abajo en la cala del barquichuelo, traspasando la línea divisoria entre la oscuridad y la luz, entre la vida y la muerte.

En el momento que salían de la caverna, iba el sol á ocultarse en un lecho formado por nubes de oro que abrillantaban la superficie tersa y tranquila del Océano, los peñascos negruzcos de la orilla, y allá á lo lejos los picos argentados de la gran Cordillera de los Andes.

En medio de aquel magnífico pero melancólico espectáculo, las brisas del mar llevaron hasta los expedicionarios los ecos de una voz que cantaba en la hermosa lengua de Castilla.

En el campo hay una hierba,
Y en la hierba hay una flor;
En la flor hay un diamante,
Y en el diamante mi amor.

Eran los compañeros de las otras barcas, que habían pescado al aire libre, sin meterse en caverna ninguna, y que regresaban alegremente á desembarcar en el muelle de Coquimbo.

Los cazadores hicieron coro al canto de sus camaradas, dispuestos á recomenzar la caza de focas en la primera ocasión que se presentara, pero sin volverse á olvidar de las subidas y bajadas de la marea.

P. C.

PAJAROS Y PERROS.

Estamos en Florencia, en la antigua corte de Toscana y en las poéticas riberas del Arno, enfrente por frente de las verdes crestas que coronan los montes Apeninos.

Figúrese el lector, condensando el tiempo, y en virtud del libre poder imaginativo del hombre, que estamos también á 28 de Setiembre, de no importa qué año, porque cualquiera es lo mismo para nuestro propósito; que la rosada aurora comienza á asomarse por los balcones del Oriente, y que, abandonando el lecho donde dormíamos, no el sueño del justo, sino el sueño del perezoso que está bueno y que no tiene absolutamente nada que hacer, bajamos del palacio Pitti engolfándonos en la vía Romana, y salimos de Florencia por la puerta que lleva el mismo nombre.

Ya estamos en el campo; ya podemos aspirar el aire purísimo de la mañana y oír el himno armonioso de los cantores del alba, y nos dirigimos, porque la expedición nada tiene de misteriosa, ni hay que reservarla en secreto, á la feria de pájaros y de perros que celebran los florentinos en la magnífica avenida que conduce desde la puerta Romana hasta Poggio Imperiale, avenida bordeada por encinas seculares, cuyos troncos negruzcos y carcomidos contrastan con los cipreses rectos y elegantes que les hacen compañía, colaborando con las viejas carrascas para dar sombra á uno de los paseos más lindos de la ciudad.

Esta gran alameda es, el día 28 de Setiembre, el punto de cita de los cazadores de casi toda Italia. Lo primero que llama la atención en la feria es un grupo enorme de barriles, de cincuenta litros de cabida, llenos de una materia viscosa de color bronceado y que despiden un olor insoportable. Es liga para coger pájaros, y más que el olor aturden las voces de los vendedores publicando á grito herido las excelencias de su mercancía. Tienen unas paletas de madera para enseñarlas como si fuese miel; quieren que se huelan, que se metan los dedos y hasta que se pruebe. Trabajo y no poco cuesta el salir de las pegajosas manos de aquellos energúmenos y entrar en la sección destinada á los haces de varetas dispuestas de esa manera artística que es peculiar del pueblo italiano. Con las varetas limpias y bien cortadas hacen muros aspilleros, arcos triunfales, puentes, pirámides, columnas y otros

objetos, valiéndose también para ello de jaulas chicas de madera destinadas á encerrar los reclamos y atar los cimbeles.

Allí, como en toda la feria, se oyen sin cesar los cantos de un hombre de cierta edad, especie de trovador ambulante, que recita con un ritmo cadencioso las estrofas de los poetas clásicos de Italia, recogiendo en cambio buena cosecha de monedas de cobre.

A pocos pasos de las pirámides de varetas, se escuchan ya los trinos y gorjeos de esos preciosos artistas alados de la naturaleza, infelices prisioneros que la crueldad del hombre reúne por millares en un reducido espacio. En aquel concierto inmenso parece como que se oyen idilios de amor, gritos de desesperación, notas de melancólica ternura ó quejumbrosas protestas contra los verdugos, y los calificamos así porque están mutilados ó ciegos casi todos los pobres músicos. Hay allí miles de jilgueros (*cardellini*), verderones amarillos (*zigolli*), pinzones (*fringuelli*), mirlos, zorzales y pitirijos. Los pinzones valen de doce á cuarenta reales, según la fuerza de sus pulmones.

El pelo se pone de punta al oír cómo privan de la vista á los infelices pajarillos.

Cuando éstos son ya adultos y están bien domesticados, enrojecen al fuego unas agujas de hacer media, y con ellas les frotan ligeramente sobre las pupilas. El animal, loco de dolor, queda por el momento como muerto, y entónces le ponen en la parte lesionada ceniza con vinagre, y atándole un pedazo de trapo, lo llevan á la oscuridad. Al cabo de algunas horas, si no muere, lo cual sucede muchas veces, lo transportan en su jaula á un sitio fresco y sombrío. Al cabo de tres ó cuatro días está curado; pero ciego y convertido en un cantor infatigable, quejándose tal vez, á su manera, de la brutalidad que con él han hecho aquellos empedernidos *contadini*.

Entre la infinita variedad de pájaros que se exponen en la feria de Florencia, llaman la atención por su gran tamaño los mochuelos, dando vueltas en todas direcciones á sus enormes ojos amarillos, y esperando, con desdenosa impasibilidad, que un aficionado cualquiera trate de ensayar su talento mímico en la caza de la alondra. El ave protegida por Minerva vale allí de dos á tres duros, precio que no puede ménos de halagar el amor propio de la casta diosa.

Después de los pájaros se encuentran los perros de caza, pero no grandes ni amaestrados al ejercicio, sino perrillos feos, sucios y recién salidos del regazo materno. Los cazadores italianos los prefieren así para enseñarlos á su gusto, adquiriéndolos á precios que no son muy exagerados. Bien es verdad que casi todos se mueren luego por el camino.

Es imposible que en aquella confusión y algarabía dejen de producirse incidentes cómicos ó semitrágicos. A lo mejor se oye una letanía interminable de dicterios á cual más enérgicos y expresivos, porque un comprador torpe ha hecho que se escapen dos pinzones, que, refugiados en la rama más alta del árbol inmediato, celebran su redención y se burlan de la furia de los contendientes. La intervención de los guardias civiles ó *carabinieri*, como allí dicen, es de todo punto necesaria, decidiendo sobre el campo lo que se ha de hacer para poner término al conflicto.

Otra vez un mal intencionado pega un puntapié á las barricadas de jaulas, y van al suelo con estrépito arrojando muy lejos los elementos de que se componen. Los dueños se quejan dando unas voces que se oyen en Florencia; los pájaros revolotean asustados dentro de sus murellas de alambre; el alpiste se va por un lado y el agua por otro, y á la algarada se unen los ladridos de los perros, las amenazas de los agentes de la autoridad y las carcajadas de los espectadores indiferentes.

La feria no dura más que un día, con gran disgusto de los cazadores y de los aficionados á la ornitología, que apenas tienen tiempo de hacer su acopio. Así es que la avenida, tan animada y bulliciosa durante la feria, amanece silenciosa y triste el día 29 de Setiembre, sin que en ella se oiga otro rumor que el de las hojas puntiagudas de las encinas agitadas por las frescas brisas del otoño.

T. C.

LAS ARMAS

EN LA EXPOSICION UNIVERSAL DE PARÍS EN 1878.

SUIZA.

Enrique Knecht, de San Gall. Hé aquí uno de los más hermosos escaparates que tiene en la Exposición la clase 40.

Knecht es un tirador notable y conocido por sus numerosos triunfos en todas las competencias verificadas, no sólo en Suiza, sino en los países donde se cultiva el tiro con armas de precisión.

El individuo de quien nos ocupamos se ha dedicado especialmente á la construcción con arreglo al sistema Martini, adaptándolo además á las armas que se destinan á esas luchas pacíficas de las escuelas de tiro. Su colección se compone de quince modelos diferentes de igual sistema, desde el arma más sencilla y más modesta hasta la más rica y costosa carabina para el opulento aficionado. Las tiene de 95 francos, y ha expuesto también *Stutzers* á 700 francos, causando éstos últimos la envidia y la desesperación de los tiradores, á quienes la inconstante fortuna no ha favorecido con sus caprichosos dones.

Examinando las armas de Enrique Knecht se comprende al momento que los conocimientos prácticos del tirador han presidido á la construcción de aquéllas. El corte, la comba y la forma de la culata, todo ello ha sido estudiado y calculado con prevision para facilitar el acto de echarse el arma á la cara, contribuyendo así á aumentar la habilidad de la persona que tira. La culata es corta, muy pronunciada en su declive, gruesa en el sitio que roza con la mejilla, y la plancha de metal que tiene en la parte inferior se adapta á las mil maravillas al hombro sobre que se apoya cuando va á hacerse el disparo. El guardamonte está dispuesto á recibir cómodamente los dedos de la mano derecha, garantizando el índice y dándole la mayor libertad posible para el importante movimiento que determina la descarga.

Los aparatos para el acto de apuntar, es decir, el lente ó *dioptra*, el punto y el graduador de corredera móvil y graduada, están colocados en disposición de que el rayo visual penetre por las diferentes líneas que determinan el punto de mira. Sólo un tirador, y un tirador de primera fuerza con ribetes de armero inteligente y capaz, podía haber construido un arma de tiro perfecta y con las condiciones indispensables para triunfar en las competencias de puntería.

Colocados enfrente de un blanco provisto de una carabina Knecht, y por poca que sea la costumbre que tengáis de tirar, conoceréis al instante la superioridad del arma, y veréis que el cañón se mantiene sin esfuerzo ninguno en ese estado de fijeza que caracteriza al inteligente que lo maneja. Cuando se posee un arma en regla, conviértese el hombre en tirador excelente al poco tiempo, por nervioso que sea su temperamento, y sabido es que el arte de tirar bien es el sueño de oro, la ilusión de todos los que prefieren al placer bullicioso del café y al estudio de la carambola, los goces varoniles que proporciona el noble ejercicio del tiro.

Como ya he dicho anteriormente, Enrique Knecht ha expuesto quince armas del mismo sistema Martini, pero de diferentes modelos de los que voy á describir á continuación:

Núms. 4.201 y 4.202. Dos fusiles pequeños para cadetes. Llámense *cadetes* en Suiza á los alumnos de las escuelas militares que, muy jóvenes y débiles aún para manejar el fusil de reglamento, se proveen de un arma chica de dimensiones reducidas y de poco peso, pero que no es un juguete, sino un arma seria bien hecha, bien ajustada al tiro y que puede utilizarse perfectamente en la guerra.

En Francia hemos querido imitar la institución de los *cadetes*, introduciendo en las Academias el uso de unos fusiles de capricho, verdaderos juguetillos, tan ridículos como inútiles y mal fabricados, que sólo han conseguido disgustar á los jóvenes que iban á servirse de ellos. El resultado era fácil de prever, pero aquí en Francia se hacen las cosas como en ninguna parte, porque tenemos la necia pretensión de no reconocer rivales, y luego se ve que sólo comete tonterías una Administración pública que Europa tiene el buen sentido de no envidiarnos.

Los fusiles para cadetes son de cañon redondo, de regulador sobre plano inclinado, de punto fijo, de culata lisa y jaspeada, de guardamonte movable, de descarga sencilla, de condiciones, en fin, apropiadas á las manos jóvenes é inexpertas que han de manejarlos.

Núm. 4.203. Carabina de cañon redondo, recámara lisa y punto ordinario: caja, guardamonte y demas piezas vaciadas y jaspeadas; madera barnizada, baqueta de nickel y abrazaderas comunes. Es la carabina ordinaria, sólida, sin lujo ninguno, y la más barata en su precio.

Núm. 4.204. Fusil de tiro sencillo, caja de madera barnizada, abrazaderas, baqueta de acero, regulador y punto fijos, cañon redondo, recámara ordinaria, adornos jaspeados y culata lisa. Este es el fusil militar que se usa en Suiza, del sistema Martini.

Núm. 4.205. Carabina de cañon redondo con una pieza ó resorte para alejar ó aproximar, segun se quiera, el regulador al ojo de la persona que apunta; caja de madera barnizada, culata con comba, dos cañones y adornos jaspeados. Arma buena de tiro y conocida vulgarmente.

Núm. 4.206. Carabina de cañon redondo, con incrustaciones de oro en la recámara, piezas labradas de nickel, caja de madera de peral pintada de negro, dos tiros y regulador ordinario. La carabina de que nos ocupamos no seduce por su aspecto, esencialmente fúnebre. La recomendamos á los hombres taciturnos, que no se rien más que dos veces al año, y á los guardas de los cementerios.

Núm. 4.208. Otra carabina fúnebre como la precedente, y que sólo difiere de ella en que el cañon es octógono. Este modelo de arma me causa exactamente el mismo efecto que el anterior.

Núm. 4.209. Excelente y hermosísima carabina para tomar parte en las competencias de tiradores. El cañon es octógono, la caja corta y de madera barnizada, guardamonte ancho para poder apoyar el puño de la mano izquierda; *dioptra* movable á tornillo, lo mismo que el regulador; arma, en una palabra, bien concebida, bien fabricada, sin incrustaciones ni adornos de ninguna especie, sencilla, y tal como se requiere para un hombre inteligente que frecuente las escuelas de tiro.

Núm. 4.210. Lo mismo que la anterior, pero de madera de peral pintada de negro, con incrustaciones de oro en la recámara, piezas y guardamonte de nickel, con grabados en forma de feston.

Núms. 4.211 y 4.212. Carabinas de lujo, con cañon redondo y primorosos adornos de oro y plata incrustados ó grabados con buril en las piezas de la armadura. El segundo modelo, ó sea el 4.212, está lleno de asuntos mitológicos: Diana y el Amor cazando juntos, grupo que ocupa la caja del arma. En la culata se ven tambien bosques esculpidos, personajes y animales que son los actores de escenas venatorias, y otros caprichos del mejor gusto. Estas carabinas, del sistema Martini modificado, se abren por el lado izquierdo de la caja y dejan al descubierto el mecanismo interior, que consiste en un resorte liso y llano sobre el que cae el gatillo que determina la percusion, sistema muy bueno y más fácil de desmontar para limpiarlo que el Martini primitivo. Estas dos armas ofrecen la particularidad de que son rayadas segun un novísimo sistema. El cañon no tiene más que dos rayas convexas, redondeadas y bastante anchas. No habiendo tirado con estas carabinas, nada puedo decir acerca de su utilidad, su mérito y sus condiciones especiales.

Núm. 4.213. Carabina de cañon octógono y rebordes estriados en los ángulos. Ostenta ademas muchos arabescos en oro, lo mismo que la caja, que es preciosa. En el lado derecho aparece un jabalí atacado por los perros; el izquierdo representa el combate de dos venados. El guardamonte es ancho y abrigado con estrellitas de oro. Toda la armazon de la carabina está cubierta de guirnalda de hojas y flores, y el extremo de la caja se termina por una cabeza de leon. En la culata se ve á un águila que lleva entre sus garras á una gamuza.

Núm. 4.214. Es un arma igual á la precedente, exceptuando los asuntos decorativos: Guillermo Tell derriba la manzana de la cabeza de su hijo, y éste le presenta la fruta atravesada por la flecha del hábil tirador. En otro lado, Guillermo, que aparece de pié sobre las rocas, acaba de dar muerte al tirano Gessler, el cual cae al suelo

con el corazon partido en dos pedazos. Ambos pasajes están admirablemente grabados y cincelados.

En la culata aparecen un leon y una leona: el primero de pié y con majestuoso continente, y la segunda echada en el suelo y mirando los flancos de un montaña vecina. La mano que ha dibujado y la mente que ha concebido tal escena, son las de un inspirado artista.

Estas carabinas pueden calificarse de obras maestras de arte y de armería, sobre todo la que lleva el núm. 4.214, por la elegancia de sus formas y la riqueza inusitada de su ornamentacion. El precio de 700 francos, que es el que les fija el fabricante, no puede ser un precio remunerador, porque valen sin duda mucho más. Es imposible, á mi juicio, fabricar armas más hermosas ni hacerlo con más talento; así es que han excitado con justo motivo el entusiasmo y la admiracion de todos los inteligentes. Felicito sinceramente á mi amigo Knecht por su exposicion en general, y especialmente por estas dos últimas armas, que revelan la pureza de su exquisito gusto artístico.

Núm. 4.215. Carabina de cañon redondo y casi igual á los modelos 4.206 y 4.208.

Sin embargo, el expositor suizo sólo ha obtenido una medalla de bronce.

Es imposible encontrar un Jurado que haya hecho más tonterías: compuesto como lo estaba, no pudo hacer mejor cosa que dejar á la casualidad el cuidado de distribuir las recompensas, y la casualidad no ha favorecido por cierto á Knecht. Hé aquí la explicacion de lo sucedido.

Sus productos merecian, por lo ménos, medalla de plata, y estoy convencido de que todos los inteligentes participan de mi conviccion al emitir un fallo exento de intereses de compadrazgo y de planes preconcebidos de antemano.

N. LIBIOULLE.
(París.)

TIRO DE PICHON DE MADRID.

TIRADA ORDINARIA DEL DIA 7 DE FEBRERO.

La primera piña, de tres palomas y cuatro tiradores, la ganó, matando dos de tres tiros, el Duque de Tamames, contra los Sres. Marqués de Ahumada, Vizconde de la Torre de Luzon y Conde de la Corzana.

La segunda piña, de tres palomas y cinco tiradores, la ganó, matando cinco de otros tantos tiros, D. Eduardo Anspach, contra los Sres. Vizconde de la Torre de Luzon, Marqués de Ahumada, Conde de la Corzana y Duque de Tamames.

La tercera piña, lo mismo que la anterior, la ganó, matando tres de otros tantos tiros, D. Eduardo Anspach, contra los Sres. Vizconde de la Torre de Luzon, Marqués de Ahumada, Duque de Tamames y Conde de la Corzana.

La cuarta piña, lo mismo que las anteriores, la ganó, matando tres de otros tantos tiros, D. Eduardo Anspach, contra los Sres. Duque de Tamames, Conde de la Corzana, Marqués de Ahumada y Vizconde de la Torre de Luzon.

La quinta piña, de caramolas, á 20 metros y cuatro tiradores, la ganó, matando seis de seis tiros, D. Eduardo Anspach, contra los señores Duque de Tamames, Marqués de Ahumada y Conde de la Corzana.

La sexta piña, de una paloma y cinco tiradores, la ganó, matando dos de dos tiros, el Vizconde de la Torre de Luzon, contra los Sres. Conde de la Corzana, Duque de Tamames, Marqués de Ahumada y don Eduardo Anspach.

La séptima piña, igual á la anterior, la ganó, matando tres de tres tiros, D. Eduardo Anspach, contra los Sres. Vizconde de la Torre de Luzon, Conde de la Corzana, Marqués de Ahumada y Duque de Tamames.

COCINA VENATORIA Y PISCATORIA.

PINTADA EN SALSA HAITIANA.

Se despluma y vacía, y despues se introduce en su interior el hígado revuelto con pedacitos de limon, un poco de pimienta y una cabeza de ajos; despues se coloca en un plato hondo, regándola con el jugo de muchos limones que se cortan en pedazos á fin de que cubran á la pintada. Así se la deja veinticuatro horas en esta marinada.

Para cocerla, impregnada con el jugo del limon, se la envuelve en una delgada capa de tocino; despues se la coloca en una cacerola y se pone á cocer con sal, pimienta y el jugo de los limones que ha quedado de la marinada, añadiéndole una cucharada de buen ron y caldo.

El fuego tiene que ser lento, tanto por encima como por debajo de la cacerola, debiendo durar la coccion dos horas.

La pintada se sirve en un puré de ternera de Guadalupe, sazonado con pedacitos de pan fritos en manteca, y en el que deberá hacerse notar el jugo de la pintada. Este jugo es de un gusto grasiento, pero muy exquisito.

ALCACHOFAS DE JERUSALEN.

Las alcachofas de Jerusalem son en realidad cotufas, peladas y cortadas en pedazos regulares, despues cuidadosamente secadas, envueltas en harina y fritas en manteca.

Este entremes es muy delicado y tierno y de un sabor especial.

TIAND DE BACALAO.

Desalado perfectamente el bacalao, se le quitan la piel y las espinas, y se le divide en pedacitos lo más delgados que sea posible.

Despues de esto se cuecen espinacas y se machacan, mezclándolas con

el bacalao; á esta amalgama se añade primero un cortadillo de crema y más tarde una media libra de excelente aceite, y ninguna sal.

Batida perfectamente la mezcla, se la pone en un plato hondo y se la arrima á un fuego sumamente dulce; si fuera posible, en un horno.

El resultado será un plato no sólo apetitoso, sino de una digestion fácil.

GACETILLA.

DE LA CAZA Y SU LEGISLACION.—Con este título ha publicado el Sr. D. Joaquín Badía, en Barcelona, un tratado de la caza, de la pesca, y del uso de las armas de fuego, con las leyes vigentes, tanto generales como especiales, para los clérigos y militares; con los formularios para solicitud de licencias, y los datos y noticias más interesantes sobre la materia. La obra está hecha, no solamente para los cazadores y pescadores, sino tambien para los propietarios rurales, alcaldes, juzgados municipales y agentes de la autoridad.

Le preside un plan muy completo, bien concebido y muy bien desenvuelto. En la primera parte se ocupa de la caza bajo diversos aspectos, de los instrumentos de caza, de las armas, municiones, del tiro, de los perros y de las condiciones de un buen cazador; de la caza de vuelo, como la perdiz, la becada, la codorniz y las aves acuáticas; de la caza de pelo, como la liebre y el conejo, y por último, de la veda. En la segunda parte trata del uso de las armas con una reseña histórico-jurídica, las disposiciones vigentes y las limitaciones y excepciones con respecto á determinadas personas; de los antecedentes jurídicos sobre la caza y la pesca, las disposiciones vigentes sobre la pesca, la nueva ley de caza con comentarios sobre la misma, y concluye con una bibliografía. Por final tiene un apéndice de formularios para solicitar las licencias de todas clases y en todas circunstancias.

Por estas ligeras indicaciones se comprenderá lo extenso del plan desarrollado por el Sr. Badía, y su lectura da una alta idea de los conocimientos prácticos del autor como buen cazador, y de su vasta erudicion como perito en la historia, en la jurisprudencia y en la literatura venatoria. La obra es digna de un doctor en derecho civil y canónico, y tan entusiasta venador como el Sr. Badía.

Si fuéramos á analizar uno por uno todos los capítulos de este precioso libro, no sabríamos elegir entre los que dedica á los placeres venatorios, porque están escritos con gracia y verdadera práctica de la vida del campo, ó entre los que consagra á la historia y á las leyes concernientes á este punto, porque están trazados con mucha erudicion y recto criterio. Más adelante tendremos el gusto de publicar algunos de los bellos artículos del Sr. Badía, á quien felicitamos cordialmente por el hermoso libro con que nos ha regalado á todos los cazadores, y que es tan ameno para aprovechado en el campo como para saboreado en el gabinete de estudio.

Así, pues, recomendamos muy eficazmente á todos nuestros camaradas la adquisicion de esta preciosa obra, contenida en un volumen en 8.º, é impresa en Barcelona en el establecimiento del Sr. D. José Miret, calle de Córtes (Gran Vía), núm. 289, en el Ensanche, adonde podrán dirigir los pedidos, al precio de diez reales el ejemplar.

LAS CASTAÑUELAS.—El erudito profesor D. Francisco Asenjo Barbieri ha publicado un bello librito con este título, que hará saltar de gozo á todos los boleros y dancantes.

BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA POPULAR ILUSTRADA.—Esta coleccion se ha enriquecido con el tomo primero del precioso *Manual de industrias químicas inorgánicas*, original de D. Francisco Balaguer y Primo.

CACERÍAS DE LOBOS.—En vista de los muchos lobos que han aparecido en las inmediaciones de Tábara, provincia de Zamora, se ha solicitado permiso del Gobierno por el alcalde de dicho punto y el de Moreruela para organizar una batida en persecucion de aquéllos.

MANUAL DEL PESCADOR.—Con este título acaba de publicarse un tratado completo de pesca con anzuelo y con redes, acompañado de indicaciones para la conservacion y fomento de la pesca sobre el acuario, etc., por Valverde.

Este precioso tratado es muy digno de estudio de parte de los aficionados á la pesca, porque no deja nada que desear en este punto. Está muy bien impreso por la acreditada casa de D. Manuel Saurí, de Barcelona, adonde se harán los pedidos, costando cada ejemplar de este libro en 8.º ocho reales.

DESGRACIA CAUSADA POR LA PASION DE LA CAZA.—El *Moniteur de l'Algérie* refiere que una desgracia espantosa acaba de sumergir á toda una familia de Mazagran en una profunda afliccion.

El jueves pasado, al mediodía, el hijo mayor de M. Lindeker, de trece años de edad, se divertía en el jardín de la casa, en que habitan sus padres, en tirar á los pájaros. Por una de esas fatalidades que no se pueden explicar, su hermana, linda niña de siete años, se coloca delante de aquél en el momento en que apretaba el gatillo de su escopeta.

La desgraciada niña recibió toda la carga de perdigones en el abdomen, teniendo suficiente fuerza de voluntad para andar unos veinte pasos, buscar á su madre y decirle:

—¡Madre mía, me han matado!

Desolada la madre, la coge en sus brazos y cae desvanecida. La infortunada niña no sobrevivió más que media hora á su horrible herida; el médico, llamado apresuradamente, no pudo sino presenciar el fin de los sufrimientos que había sobrellevado con una fuerza sobrehumana; sus últimas palabras, antes de espirar, fueron dirigidas á sus padres.

Pintar el dolor de esta familia, tan cruelmente castigada, sería imposible; el hijo, autor involuntario de la muerte de su hermana, quiso atentar contra sus días; para impedirse lo fué necesario la mayor vigilancia.

De las noticias recogidas por el *Courier de Mostaganem*, resulta que el joven Lindeker se entregaba con el mayor entusiasmo á su pasión favorita por la caza de pájaros; su padre, queriendo ponerle un correctivo, había encerrado su escopeta después de haberla desmontado; sin embargo, el hijo se había apoderado de ella clandestinamente y había armado la escopeta de nuevo.

CARRERAS DE CABALLOS EN NIZA.—Las carreras de caballos efectuadas en el mes pasado, según una correspondencia que recibimos de dicha capital, han sido espléndidas. Pocas veces se han visto reunidos una concurrencia más escogida y un cielo más hermoso y despejado.

La nobleza francesa, italiana é inglesa estaba representada por sus nombres más distinguidos, y citar sólo la Princesa de Sagan á la cabeza de las más encantadoras bellas, basta para dar una idea del brillo que tendrían las carreras, y el entusiasmo de las apuestas.

El premio del Príncipe de Mónaco fué ganado por el caballo *Mina* contra *Sicambro* y *Pomme d'Api*.

NIEVE EN PARÍS.—Según una correspondencia que recibimos de la capital de Francia, la estación de invierno se ha presentado este año en extremo rigorosa. Los copos caen y se suceden unos á otros sin la menor esperanza de ver por ahora el término deseado, y las calles de la gran capital parecen cubiertas de un inmenso sudario.

Los paseos están la mayor parte del día silenciosos, pues apenas se oyen las pisadas de los caminantes y el ruido de los carruajes, experimentándose esa beatitud particular debida sin duda á la falta del estruendo cotidiano. Por todas partes no se oyen más que cantos á los atractivos de la nieve.

En el lago del Bosque de Bolonia se patina sin descanso, y para utilizar los largos intermedios, el Círculo de patinadores ha creado un Tiro de palomas.

EXPOSICION DE PERROS.—Los días 21, 22, 23, 24, y 25 de Mayo del presente año de 1879, se efectuará en Hannover una exposicion internacional de perros de todas clases y razas, bajo el patronato de la Sociedad de mejoramiento de las razas caninas.

NUEVO INVENTO.—Un individuo de la Sociedad colombófila holandesa *Eendracht*, del Haya, ha inventado un sistema de bebedero para jaulas de viaje, dispuesto de tal modo, que conserva el agua sin que se vierta, cualquiera que sea la posicion que se dé á la jaula.



MOLUSCOS COMESTIBLES.

MUERTE DE BESTIAS FEROCES EN ARGELIA.—Según la Memoria anual publicada por el Gobernador general de la Argelia, la administración central en el año 1877 ha pagado primas por la muerte de las fieras siguientes: doscientos leones, quinientas treinta panteras, mil setenta y dos hienas y catorce mil setecientos ochenta y cuatro chacales.

Los leones se han pagado, lo mismo que las panteras, á cincuenta francos cada uno, y los chacales á treinta y dos sueldos.

RARÍSIMO EJEMPLAR.—En casa del célebre naturalista M. Michels, galería del Rey en Bruselas, se hallaba expuesta, hace unos días, una cabeza de ciervo con veinte puntas. Lo que constituía sobre todo la rareza de esta exposicion era que las extremidades de los cuernos terminaban en palmas de gamo.

Este hermosísimo animal se había dejado sorprender y matar por un guarda, en una cacería ofrecida por el baron Hoogvorst á sus amigos, en sus magníficas posesiones.

MUERTE DE UN LOBO.—Dicen de Zaragoza que sobre las dos de la tarde del 4 del corriente se presentó en las balsas de Ebro viejo un enorme lobo, que acometió con extraordinaria saña á un pobre anciano que se hallaba ocupado en las labores del campo.

Ya estaba próximo á sucumbir el maltratado viejo, sin esperanza de recibir eficaz socorro, cuando acertó á pasar por aquellas inmediaciones un licenciado del ejército que había servido en el regimiento de Pontoneros, y apercibido del caso, acudió en socorro del labrador disparando sobre la fiera una pistola de dos cañones, cuyos tiros hirieron y rompieron una pierna al lobo, que echó á correr perseguido por el valiente ex-militar, yendo á caer cerca de la torre del Arzobispo, hasta donde le siguió, dándole muerte en el acto.

CAZA DE UN JABALÍ.—En uno de los sitios más pintorescos de Doubs se efectuaba días pasados una cacería de jabalíes presidida por las autoridades del canton.

El primer jabalí que se presentó á la cita fué herido, y el animal se revolvió furioso contra los cazadores.

El más próximo que encontró fué el alcalde, que le envió una bala, volviéndose en el instante mismo de disparar la escopeta para evitar el choque de la fiera.

Esta, lanzada con la mayor violencia, se precipita ciegamente entre las piernas de la autoridad municipal, que arrastra á horcajadas, en una carrera desenfrenada, por entre los espinos y matorrales del monte.

Durante el minuto mortal que duró esta carrera, no hubo medio de tirar al animal sin arriesgarse á dar al nuevo Mazzeppa, que se había agarrado á las orejas de la fiera.

Por último, fatigada con su peso, ésta se desembaraza del alcalde, sin haberle hecho el menor daño, y huye ante los cazadores, que no tardaron en matarla.

Estos, contentos por ver de nuevo sano y salvo al presidente de la municipalidad, le regalaron el jabalí, que de seguro lo tenía bien merecido.

ANUNCIO.

GRAN BAZAR DE ARMAS y efectos de caza, pesca y esgrima, de Indalecio Perez, calle de Tetuan, núm. 23, Madrid.

Primer establecimiento en su clase en España, surtido abundantemente con géneros de novedad de la Exposicion de París.

Especialidad en escopetas inglesas, austríacas, francesas y belgas, de todos los sistemas y calibres conocidos hasta el día.

Catálogo con la nueva Ley de caza, decretada en 10 de Enero de 1879, y su precio es un real en toda España.

Cepo-cañon-central, para matar toda clase de animales dañinos. Indispensable á todos los ganaderos, dueños de montes y Sociedades de caza. Consiste este aparato en un cañon de calibre 16, de 3^m, 30 de largo.

LA ILUSTRACION VENATORIA lo titula *Matalobos*, y la descripción que de él ha hecho en su núm. 3.^o del día 30 de Enero del corriente año, nos dispensa de todo comentario, puesto que por ella se comprende fácilmente las ventajas que ofrece este nuevo cepo sobre todos los conocidos hasta el día. Dirémos únicamente que su inventor ha sido premiado en la Exposicion Universal de París de 1878. Precios: 200 reales. Remitiendo su importe en letra de fácil cobro se manda á provincias, franco de porte.

ANUNCIOS.

BIBLIOTECA VENATORIA DE GUTIERREZ DE LA VEGA.—Coleccion de obras clásicas españolas de montería, de cetrería y de caza menor, raras, inéditas ó desconocidas, desde la formacion del lenguaje hasta nuestros días, para ilustracion de los cazadores, deleite de los eruditos y gloria de la lengua castellana.—Ediciones de lujo con caracteres elzevirianos y en papel de hilo.—Se ha publicado el *Libro de la Montería* del rey D. Alfonso XI, con un discurso y notas del Excelentísimo Sr. D. José Gutierrez de la Vega.—Consta de dos gruesos tomos en 8.^o, que han valido, por suscripcion, á 6 pesetas cada uno en Madrid, y á 7 pesetas en provincias. Al mismo precio podrán adquirirlas los nuevos suscritores. Fuera de suscripcion se aumenta el precio de venta de toda la obra á 50 reales en Madrid, y 60 en provincias.—El volumen III de la *Biblioteca Venatoria* está en prensa, y contendrá él solo dos obras, el *Libro de la Caza* del príncipe D. Juan Manuel, y el *Libro de la Caza de las Áves* de Pero Lopez de Ayala.—Se hacen los pedidos dirigiéndose á la Administración, y mandando letra de cambio por el valor de la suscripcion.—Redaccion y Administración de la *Biblioteca Venatoria* y de la *LA ILUSTRACION VENATORIA*, calle de Espoz y Mina, núm. 3, Madrid.

INVESTIGACIONES SOBRE LA MONTERÍA y demas ejercicios del cazador, por D. Miguel Lafuente Alcántara, reimpresas con una introduccion por el Excmo. Sr. D. José Gutierrez de la Vega.—Un volumen en 8.^o, edicion elzeviriana en papel de hilo.—Tirada de sesenta ejemplares numerados que no se ha puesto á la venta.

BIBLIOGRAFÍA VENATORIA ESPAÑOLA, por el Excelentísimo Sr. D. José Gutierrez de la Vega.—Un volumen en 8.^o, edicion elzeviriana en papel de hilo.—Tirada de veinticinco ejemplares numerados, en gran papel con grandes márgenes, que no se ha puesto á la venta.

ALBUM DE LA ILUSTRACION VENATORIA.—Este precioso ALBUM es un hermoso volumen en folio, del mismo tamaño que LA ILUSTRACION VENATORIA, conteniendo más de cien magníficos grabados de escenas de caza y pesca, que, elegantemente encuadernado, constituirá el más bello adorno del gabinete de un aficionado á estos deleites, y podrá separarse en láminas para decorar una habitacion.

Como que el ALBUM se compone de los grabados publicados en el primer año de LA ILUSTRACION VENATORIA, podrá suplir á la coleccion del periódico del mismo año para los nuevos suscritores que no pueden adquirirla, por haberse agotado completamente, y aún será muy agradable para los antiguos que quieran poseer tan bella coleccion de láminas tiradas aparte con notable esmero.

El ALBUM DE LA ILUSTRACION VENATORIA se enviará inmediatamente, encuadernado en rústica, franco de porte por el correo, á todos los señores de provincias que lo pidan, librando 10 pesetas á esta Administración (calle de Espoz y Mina, núm. 3, Madrid). A los de Madrid que lo deseen se les llevará á sus casas por el mismo precio.

Hay tambien ejemplares del ALBUM preciosamente encuadernados, que no pueden enviarse por el correo, pero que se expenden en la Administración en Madrid, con 10 reales de aumento, es decir, á 50 reales.

Madrid, 1878.—Imprenta, Estereotipia y Galvanoplastiade Aribau y C.^a (sucesores de Rivadeneyra), IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M. Calle del Duque de Osuna, n.º 3.